

Bello, Andrés. “*Vida de Jesucristo con una descripción sucinta de la Palestina* traducida por D. D. F. Sarmiento” en A. Bello, *Obras completas*, Santiago de Chile, P. G. Ramírez, 1881-1890, IX (*Temas de crítica literaria*), 441-446.

ANDRÉS BELLO

*VIDA DE JESUCRISTO*  
CON UNA DESCRIPCIÓN SUCINTA DE LA PALESTINA  
TRADUCIDA POR D. D. F. SARMIENTO<sup>1</sup>

El Sr. Sarmiento, tan celoso en promover la educación primaria, no ha podido hacer a las escuelas un presente más estimable, que el de este librito precioso, originalmente compuesto en alemán por el canónigo Cristóbal Schmid. Todos saben que este digno eclesiástico ha consagrado las producciones de su fértil pluma a los niños. *El Araucano* copió, tiempo hace, de uno de los más acreditados diarios franceses, el juicio que sobre la tendencia moral y religiosa de las obras de Schmid han formado el público y el clero católico de Francia. La presente no es más que una parte de una colección de *Historias sacadas de la Sagrada Escritura*, cuya traducción al francés se imprimió con aprobación del Vicariato General de Strasburgo, y fue adoptada por la municipalidad de París para sus escuelas.

La obra se recomienda por sí misma.<sup>2</sup> La narración es fielmente ajustada a los Evangelios, y el estilo calcado, se puede decir, sobre el de los Evangelistas, que reúne en tan alto grado la sencillez, la claridad, y la expresión. No hay nada en los hechos, que se haya tomado de otras fuentes que los libros que la Iglesia reconoce por inspirados; y el autor interpola a menudo a ellos algunas breves reflexiones, llenas de unción, y sobre todo acomodadas a la inteligencia de sus tiernos lectores.

Como muestras de una bella narración en aquel estilo natural, dialogado, que respira un grato perfume de piedad y de antiguo candor se pueden citar los números 1, 2, 3 y 4, en que se refiere la Encarnación del Hijo de Dios y el nacimiento del Bautista, el 30, que contiene la bella Parábola del Hijo Pródigo, el 35 (la resurrección de Lázaro), y el 41 hasta el 43 (la Pasión del Salvador).

A muchos parecerá tal vez desaliñado y humilde ese estilo. Somos de diversa opinión: uno de los méritos que hallamos en el de la obrita de Schmid es la sencillez y el sabor bíblico; y él es también el que nos hace mirar la versión de la *Biblia* por el Padre Scio como más fiel y elegante que la del Obispo Amat. Nos aprovecharemos de esta ocasión para exponer nuestro juicio acerca de ellas, sometiéndolo al voto de los inteligentes.

---

<sup>1</sup> Santiago, 1844. Imprenta del Progreso. Versiones de la Biblia por el Padre Scio y por el Obispo Amat.

<sup>2</sup> No por esto desestimamos el juicio imparcial que se hace de ella en el último número de la *Revista Católica*, que acabamos de ver.

Los teólogos eruditos calificarán bajos otros respectos el valor de estas dos traducciones de la *Vulgata*: nosotros nos ceñiremos a considerarlas como producciones literarias.

Reconoceremos desde luego que en esta clase de obras el mérito puramente literario debe sacrificarse sin la menor vacilación a las exigencias de la enseñanza cristiana, y que si la palabra divina se presenta en ellas pura, sencilla, venerable, el escritor ha desempeñado su objeto, aunque se echen menos aquellos arreos de esmerada elegancia que solemos buscar en las composiciones profanas. Pero en realidad no hay divergencia entre estos dos puntos de vista. Cada género de composición tiene su estilo y tono peculiar; y acerca del estilo y tono que corresponden a una traducción de las Sagradas Escrituras, lo que dictan los intereses de la religión, es lo mismo que sugiere el buen gusto.

Una fidelidad escrupulosa es el primero de los deberes del traductor; y su observancia es más necesaria en una traducción de la *Biblia*, que en otra cualquiera. El que se propone verterla, no sólo está obligado a trasladar los pensamientos del original, sino a presentarlos vestidos de las mismas imágenes, y a conservar en cuanto fuere posible la encantadora naturalidad, la ingenua sencillez, que dan una fisonomía tan característica a nuestros libros sagrados. Lo que en otras obras pasaría por desaliño, puede ser la verdadera elegancia en una versión de la *Biblia*. En la construcción de las frases deben preferirse los giros antiguos, en cuanto no se opongan a la claridad o no pugnen con las reglas que ha sancionado el buen uso en nuestro idioma. Dando a los periodos las formas modernas, enlazándolos con las frases conjuntivas que estamos acostumbrados a oír en el lenguaje familiar, desaparece aquel aire de venerable antigüedad, que trasporta la imaginación a edades remotas y armoniza tan suavemente con las escenas y hechos que la Escritura nos representa, con las costumbres y la naciente civilización de aquellos tiempos primitivos. ¿Qué será de la fisonomía patriarcal del *Pentateuco*, de la exaltación de los libros proféticos, de la amable unción del *Evangelio*, si a la estructura sencilla de los periodos, al diálogo familiar, a los tropos orientales, sustituimos los giros modernos, exactos, precisos, lógica y gramaticalmente correctos; si sometemos al compás y la regla el desorden aparente de un alma inspirada, y convertimos la más alta poesía en pura prosa? ¿No sería esto un verdadero anacronismo? La paráfrasis es de suyo infiel. Ella añade al pensamiento original ideas accesorias que lo deslíen y lo enervan.

Para justificar la preferencia que damos bajo este punto de vista a la *Biblia* de Scio sobre la del obispo Amat las compararemos en unos pocos pasajes.

*Génesis*, I, 3. Scio: “Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz”. Amat: “Dijo *pues* Dios: sea hecha la luz y la luz quedó hecha”. El conector *pues*, el *quedó*, y el orden gramatical de las palabras en la última cláusula, hacen desaparecer la poesía sublime de la *Vulgata*, *Fiat lux et facta est lux*. El hebreo nos parece todavía mejor: “Sea la luz; y fue la luz”. El *hacerse la luz* nos parece como

que asemeja el efecto instantáneo de la voz creadora a las lentas producciones de las artes humanas.

*Jeremías*, XV, 18. Scio: “Ha sido para mí como mentira de aguas desleales”. Amat: “Se ha hecho para mí como unas aguas engañosas *en cuyo vado no hay que fiarse*.” La *Vulgata*: *Facta est mihi quasi mendacium aquarum infidelium*.

*Jeremías*, VII, 23. Scio: “Ha sido para mí como mentira de aguas desde Israel: Mirad que yo a vuestros ojos y en vuestros días quitaré de este lugar voz de gozo, y voz de alegría, voz de esposo y voz de esposa”. Amat: “Esto dice... Sábete que yo a vuestros ojos y en vuestros días *desterraré* de este lugar la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz o *cantares* de la esposa.” ¡Dios interpretándose y sustituyendo una palabra a otra, como si desde luego no hubiese acertado a elegir la mejor!

*Jeremías*, XXXI, 26. Scio: “Desperté como de un sueño; y vi; y mi sueño, dulce para mí.” Amat: “Desperté yo como de un sueño; y volví los ojos, y me saboreé con mi sueño profético.” Esta paráfrasis es bastante buena; pero es paráfrasis.

*Jeremías*, XV, 10. Scio: “¡Ay de mí, madre mía! ¿por qué me engendraste, varón de contienda, varón de discordia en toda la tierra?” Amat: “¡Ay madre mía! ¡cuán infeliz soy yo! ¿Por qué me diste a luz, para ser, como soy, un hombre de contradicción, un hombre de discordia en toda esta tierra?”

*Isaías*, I, 18. Scio: “Si me provocareis a enojo, la espada os devorará.” Amat: “Si provocareis mi indignación, la espada de los enemigos traspasará vuestra garganta”.

*Mateo*, II, 18. Scio: “Voz fue oída en Ramá; lloro y mucho lamento: Raquel llorando sus hijos; y no quiso ser consolada, porque no son.” Amat: “Hasta Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: es Raquel, que llora a sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen.” Al que no sienta la superioridad de la versión de Scio en estos dos últimos pasajes, no tenemos nada que decirle.